

■ Beatriz Sarlo

La clave de la relación entre las tres palabras que dan título a esta intervención, sensibilidad, cultura y política, fue uno de los temas del siglo XX. La sensibilidad, vinculada con el gusto y con el juicio moral, con la textura de la vida cotidiana y con la dimensión estética, con el goce y la repulsión, se pensó como la dimensión subjetiva e intersubjetiva donde podían (o debían) articularse cultura y política. El proyecto de encontrar la clave de la relación entre los términos de cultura y política fue una de las empresas intelectuales del siglo, en la que fijaron posiciones, a veces perfectamente enfrentadas, Lukacs y Adorno, Sartre y Aron, Bataille, Gramsci, Habermas, Bourdieu, Foucault, Raymond Williams.

La teoría y la crítica de la modernidad se intersectan con la teorías sobre cómo la modernidad implicaba política y cultura. Esta problemática, que se refinó con la sucesivas críticas al marxismo (una de las grandes ideologías novecentistas), con la teorías de la producción de significado, de los sujetos sociales y de los campos intelectual y estético, llega a las últimas décadas del siglo profundamente debilitada porque se ha debilitado lo que era su protagonista o su *deus ex machina*: los intelectuales.

Figura de la modernidad, figura agónica y heroica, conciencia desgarrada o conciencia revolucionaria en busca de una clase, aterrada por las masas o dispuesta a venerarlas. Intelectuales y pueblo encarnaron uno de los mitos políticos más per-

suasivos: la utopía fusional de la revolución moderna. La misma categoría *pueblo* es impensable sin la intervención continuada de los intelectuales que la produjeron para pensar lo Otro como aquello que debía ser incorporado, reprimido o colocado como sustento de la empresa nacional⁽¹⁾. En la caducidad de estos temas podría encontrarse una señal de la posmodernidad, que definido nuevos lugares para intelectuales de nuevo tipo.

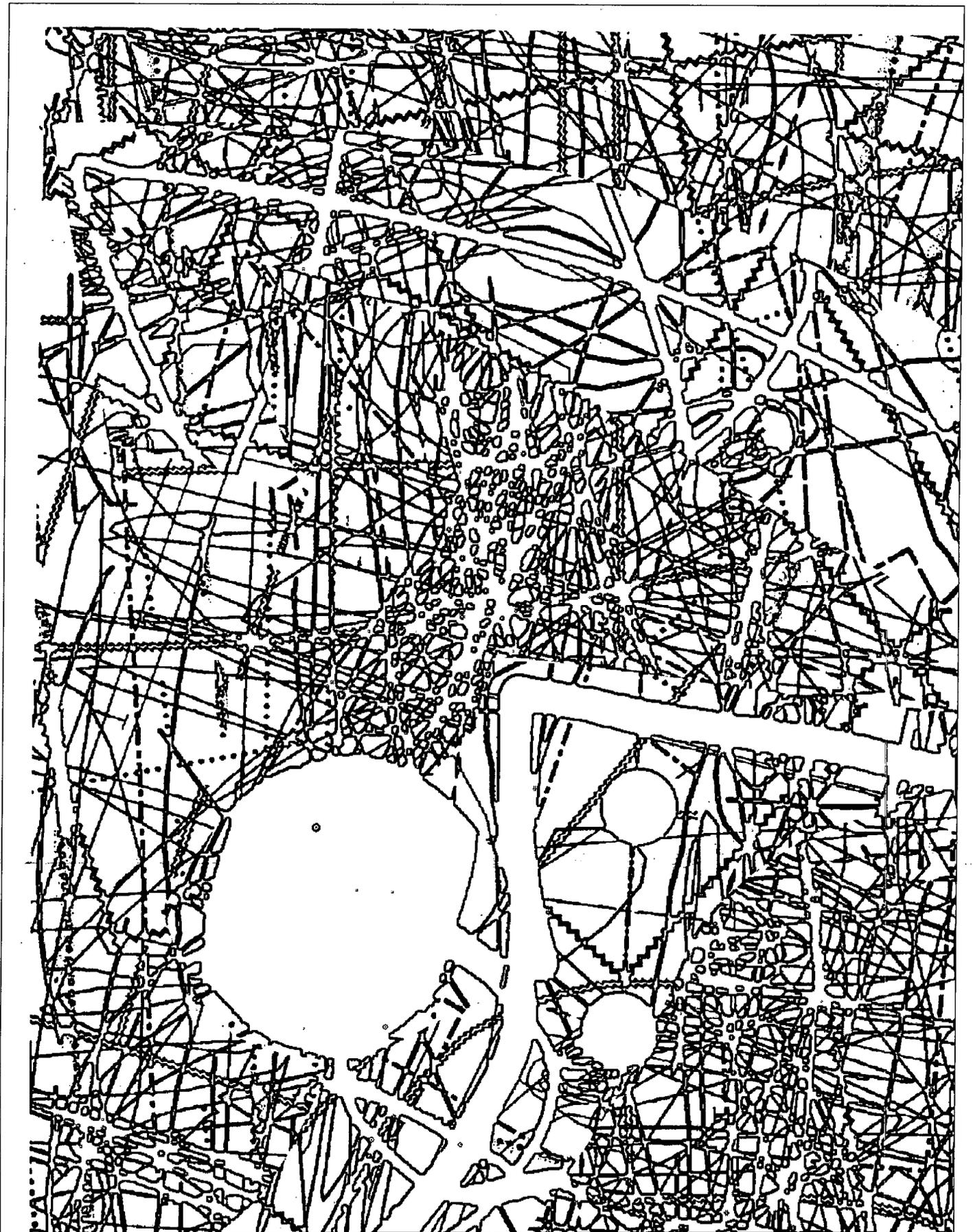
Muchas veces se ha dicho que la cultura de fin de siglo fue completamente reorganizada por al esfera audiovisual. Ya casi ni es necesario probar esta afirmación. Se la ha repetido en las últimas décadas, y los medios de comunicación han sido los primeros convencidos de que su hegemonía se había implantado sobre la hegemonía secular de la cultura escrita, y de que sus representantes marcaban rumbos culturales como antes lo habían hecho los letrados. La soberbia massmediática no es sino el corolario de algo que, en primer lugar, fue explicado por los intelectuales tradicionales a los actores audiovisuales. Se les dijo que los medios eran la sustancia activa con que se formaban las culturas populares y, sin ir más lejos, toda la cultura. Estos discursos son bien conocidos. Los repetimos de memoria y forman parte de un sentido común.

Se habla menos de un proceso igual o más impactante: la reorganización del mundo de las ideas a partir de la transferencia de funciones típicamente intelectuales (y políticas) a la industria comunicacional. Creo que éste es el rasgo más notable de la vuelta de siglo. Hace cien años los intelectuales competían entre sí, dentro y fuera de los medios escritos; pero en las últimas décadas los intelectuales establecen sus ideas en un espacio donde éstas no son las únicas, ni siquiera las más prestigiosas. Por el contrario, un repertorio de figuraciones sobre lo social-cultural reclama su autonomía de los intelectuales tradicionales (de origen académico, del campo artístico o de la esfera política) aunque se alimente con esquemas producidos por ellos.

La soberbia massmediática no es sino el corolario de algo que, en primer lugar, fue explicado por los intelectuales tradicionales a los actores audiovisuales. Se les dijo que los medios eran la sustancia activa con que se formaban las culturas populares y, sin ir más lejos, toda la cultura.

*Sensibilidad,
cultura
y política*

El cambio de siglo



Un pesimista como Karl Kraus, en las primeras décadas de este siglo, se refería con ironía a un proceso donde las ideas entran a circular en un espacio relativamente separado de aquel en el que se producen. Doy sólo un ejemplo sobre el psicoanálisis: "La dicha es indecible, cuando se alcanza una edad en la que el adolescente confiesa que, en sueños, ha violado a su madre"⁽²⁾. Tanto como una opinión sobre Freud, el epigrama de Kraus denuncia lo que puede suceder con las ideas cuando se han convertido en materia de discursos inespecíficos. Aristocreatizante, Kraus denuncia la transferencia de ideas de una fracción social a otra.

Estas ideas, cambiadas de un espacio a otro, conforman el patrimonio no original de la industria comunicacional y de sus actores. Ellos están colocados en ese lugar de máxima visibilidad que asegura una escucha social y proporciona una base (si se quiere ilusoria, pero no siempre ilusoria) a la representación de los ciudadanos. Se puede tener frente a esto una representación catastrofista. Sin embargo, fue el movimiento que atravesó este siglo profundizando la crisis de la hegemonía intelectual sobre sus propios temas culturales. Más que en el fracaso de ciertas ideas, podríamos pensar en el magnetismo que ejercieron sobre la industria de la comunicación que hizo con ellas lo que naturalmente sólo puede hacer una industria: línea de montaje y producción serial. Para seguir con el aforismo de Kraus, el psicoanálisis ha proporcionado un vocabulario de masas, y sus relatos (cada uno de ellos marcado por lo siniestro) pudieron ser convertidos en narraciones explicativas ejemplares y hasta simpáticas. Lo mismo podría decirse del ecologismo romantizado o de la potencialidad mítica de la informática y la virtualidad, difundidos hoy como se difundieron en la primera mitad del siglo la nuevas ideas sobre sanitarismo y educación.

La dulcificación de las costumbres privadas, en las capas medias educadas, sigue los pasos de una dureza creciente del espacio público y del nicho socio-ecológico ocupado por los más pobres. Esta divergencia es uno de los datos de los últimos años en América Latina: capas medias altas sensibilizadas a todos los temas del abanico finisecular y sectores explusados de los umbrales mínimos que la modernidad consideraba un derecho. Esta oposición es adecuadamente dramatizada por las industrias informativas que, al mismo tiempo, recaudan su prestigio en uno



La historia política de la modernidad pasa por el periodismo y puede leerse allí no sólo como información de los hechos sino como construcción de los escenarios y, en alguna medida variable, de sus actores. Los ejemplos son muchos, y de lo mejor que ha producido la historia cultural.



y otro lado de la línea, en la medida en que las oposiciones fuertes son siempre espectaculares para las víctimas y para los que por el momento no lo son o están seguros de no serlo.

Las industrias informativas son hoy las creadoras de los grandes relatos, que la posmodernidad pareció desalojar. En realidad, lejos de quebrar, los relatos persisten, aunque carezcan de la dimensión épica de los relatos modernos. Que las narraciones posmodernas entusiasmen menos a quienes fueron marcados por el discurso de la modernidad, no es una prueba de que nociones como la de globalización sean más débiles que la de imperialismo. De hecho, las industrias informativas han encontrado en la globalización un drama tan universal y tan interesante como los viejos argumentos de la modernidad.

Esos relatos, sin duda, carecen de la dimensión de promesa utópica que caracterizó a los relatos modernos, aunque no siempre, sino sólo cuando éstos fueron optimistas. Incluso sería inexacto decir que carecen, en todos los casos, de dimensión utópica. El multiculturalismo, esa ideología producida en los espacios académicos anglosajones y especialmente norteamericanos, ha tenido una sorprendente capacidad persuasiva y de creación de escenarios llenos de promesas. Como forma hiperactual del relativismo cultural, afirma el lugar de la diferencia no sólo como espacio que debe ser respetado en términos democráticos sino como máquina productora de lo mejor que pueden ofre-

cer las sociedades posmodernas; es relativamente optimista frente a la fragmentación de lo social; y descubre el principio de la autonomía y de la resistencia en el despliegue de las diferencias culturales, incluso de aquellas que están sostenidas por la desigualdad simbólica.

La representación política está agrietada por la desconfianza hacia los representantes y hacia la idea misma de que en las instituciones políticas se realice el principio de la representación. La crítica a la idea de representación no se sustenta solamente en su carácter indeterminado e inevitablemente imperfecto sino, más vulgarmente, en su reducción a trampa y engaño. El tiempo de las instituciones políticas está en desacuerdo con la temporalidad de los deseos, por una parte, y de las desigualdades sociales que se padecen sin intermitencia, por la otra. El mecanismo institucional se opone a las exigencias de inmediatez que, paradójicamente, las industrias informacionales impulsan en sus públicos. La separación, en la forma de gobierno, de lo judicial y lo político, la independencia de las burocracias administrativas que ofrecen una resistencia a cambios que no observen cuidadosamente las reglas que ellas establecen, pone de mal humor a los medios, con menos razón que a quienes esperan, a las puertas de la sociedad, sin lograr nada.

Estos rasgos forman parte de un paisaje conocido donde viven ciudadanos cada vez más impacientes, cuya impaciencia tiene diferentes motivos. Está, por un lado, la urgencia de quienes literalmente no pueden esperar: los nuevos excluidos, los viejos, los jóvenes para quienes la educación o el trabajo deben ofrecerse en momentos precisos por razones que hacen a la constitución de la objetividad y a las expectativas de vida. Está, por otro lado, una impaciencia de nuevo tipo, que se origina en una experiencia del tiempo. Como descomunal emergente de una época los Sex Pistols le dieron forma de epigrama rockero a esta idea de la instantaneidad sin condiciones: *I don't know what I want, but I know how I'd get it*⁽³⁾. Esta impaciencia sin tiempo se inscribe en las formas nuevas de sensibilidad: en esta configuración la definición de objeto es irrelevante, mientras que el acto lo es todo (por ejemplo, el acto puro de compra, que los estadounidenses llaman *shopping spree*, el tipo ideal de adquisición que no vale por el objeto sino por el gesto). La otra impaciencia, que tiene sus raíces en la desigualdad social y no en el deseo, invierte la

fórmula de los Sex Pistols: *Sé lo que quiero pero no sé cómo conseguirlo.*

Casi indiferente a su origen y a su forma, la impaciencia responde a una idea moderna del tiempo: un tiempo sin periodicidad, que se consume en el imperativo puro de la necesidad que debe ser satisfecha. La urgencia frente a la reparación de las injusticias lacerantes, donde toda intervención llega tarde (sin ningún sentimentalismo: toda intervención es tardía frente a las necesidades de los más miserables), no puede aceptar la contradicción que existe entre los derechos y las formas institucionales que deberían garantizarlos según un tiempo que no es el de las necesidades sino el de las formas. Es irónico que el tiempo de los excluidos y de los más miserables tenga la misma condensación en el instante que el de la sensibilidad posmoderna antinstitucional de las capas medias.

Un estado de la sensibilidad es precisamente esto: modalidades de la experiencia en relación a coordenadas básicas de vida y conocimiento. El modo en que ella incide en la percepción de la política no puede ser exagerado. Ni en las tribus sociales del deseo instantáneo, ni en los fragmentos de las sociedades polarizadas, hay posibilidad de tiempo institucional, es decir tiempo de plazos y de ordenamiento de los segmentos temporales según reglas. Tanto desde un punto de vista social como desde la cultura, vivimos en sociedades donde el transcurso del tiempo retrocede frente a la primacía del ahora.

Precisamente, el tiempo institucional se caracteriza por el desplazamiento del "ahora" en un presente más o menos extendido y, sobre todo, en un futuro que se sometería a las operaciones del presente. Esto es lo que ha entrado en crisis.

Dos formas de la sensibilidad frente al tiempo, apoyadas en experiencias completamente diferentes, coinciden en el desacuerdo con la temporalidad formal de las instituciones. En ellas todo transcurre de modo demasiado lento, con independencia de cualquier objetividad que pueda medirse contra este juicio. La política y la administración son institucionales. Carecen, por tanto, de dos cualidades: como instancias mediadas no tienen la inmediatez imaginaria de los medios audiovisuales (y aquí hay sin duda una paradoja del sentido común: lo completamente mediado se manifiesta como lo más inmediato); como instancias formales, establecen etapas y plazos, destruyen la idea de un "ahora ya".

Es inevitable entonces que la política

sea depreciada. Se dirá que las razones de su crisis no son tan abstractas como las de una concepción del tiempo. Y es cierto. Pero comencé por allí, porque ya hemos escuchado suficientes lamentos sobre las crisis de la representación y el consiguiente desinterés de los ciudadanos, etc., etc. Por otra parte, aunque los políticos no fueran corruptos, de todos modos se ajustarían a los mecanismos institucionales de la política.

Vuelvo a los mensajes de la industria comunicativa para examinar un poco más el problema. Reorganizadores del mundo de las ideas, los actores de la industria comunicativa tienen planteada una fuerte competencia con la política, en tanto esfera donde también se construyen opiniones, figuraciones y proyectos. Sin duda, desde su emergencia la esfera pública tuvo al periodismo en su centro: publicidad de la opinión, control de la política y periodismo son inescindibles⁽⁴⁾. La historia política de la modernidad pasa por el periodismo y puede leerse allí no sólo como información de los hechos sino como construcción de los escenarios y, en alguna medida variable, de sus actores. Los ejemplos son muchos, y de lo mejor que ha producido la historia cultural.

Sin embargo, cuando mencioné la reorganización del campo de las ideas por el periodismo no me refería exactamente a estos hechos establecidos. Quisiera, más bien, fijar la mirada en algo relativamente novedoso de las últimas dos décadas, las de la transición democrática. Se trata de las industrias informativas como usinas de ideas en competencia con los intelectuales. Creo que esta modalidad es la última oleada de un proceso de democratización cultural, donde la idea de individuos especialmente preparados para una tarea se enfrenta con la idea de individuos que, independientemente de sus saberes, son iguales por definición. Esta contradicción de la modernidad, la de una igualdad política que contradice las jerarquías, también modernas, del prestigio, del saber o del mérito, no tuvo resolución histórica. Hoy asistimos a una remodelación del escenario donde se jugaba el conflicto.

Una categoría profesional específica, la de los comunicadores de las industrias informativas, ha desarrollado su ideología profesional apoyada en un imaginario poderoso en las democracias: la del poder de la prensa, que no obtendría su legitimidad en el lugar donde debe buscarla la política ni en el discurso que aseguraba el reconocimiento de los intelectuales, sino en la posición dentro del sistema de industrias

comunicativas altamente concentradas. Los casos que explican el consenso logrado por el periodismo son bien evidentes y, en la situación argentina de los últimos años, pueden mencionarse las coyunturas en que el discurso de las industrias de la información fue un obstáculo bastante poderoso para las desviaciones, secretas, mafiosas y corruptas de la política.

La figura del periodista-investigador es, sin duda, clásica. La veneración que rodea a Rodolfo Walsh indica que, en el caso argentino, ésta tiene una base política anterior. Sumando un prestigio de ideas al ganado en las investigaciones periodísticas, el periodista-ideólogo articula las ideologías profesionales de nuevo tipo en un discurso donde la información disputa con la opinión un lugar retórico y argumentativo. El equilibrio casi imposible que la prensa moderna trató de establecer entre estas dos posiciones de discurso, se ha inclinado hacia un polo. Curiosamente esto sucede en un momento en que los resultados de la investigación periodística juegan con fuerza decisiva en la esfera pública. Quiero decir, con esto, que el peso mayor de la retórica argumentativa de la opinión no es un efecto directo de la baja del potencial de denuncia e información. Casi por el contrario, la autoridad argumentativa y de opinión del periodismo se potencia por su capacidad investigativa aunque no siempre sean los mismos actores los que realicen ambas prácticas.

Constructor de opinión, el periodismo lo ha sido siempre. Por tanto, la novedad de la situación no está en este rasgo, sino en la autoridad legítima que las opiniones emitidas desde las industrias de la información adquieren sobre las ideas que se difunden para públicos ampliados. Y no sólo para estos públicos. La relación intensa, y no eventual, de los intelectuales con los medios de información crea un vaivén donde las figuras tienden a sobreponerse. Este rasgo tiene una cualidad que podría llamarse posmoderna, en la medida en que erosiona la autoridad de los intelectuales típicamente modernos y establece modalidades plebiscitarias de legitimación de las posiciones.

Compite en un escenario que antes sólo compartían ocasionalmente la figura del intelectual y la del periodista, aunque en general se prefiera no referirse a esta competencia por temor a la fuerza de las industrias de la información o por voluntad de no establecer una distinción entre categorías (esa ausencia de distinción entre ambas categorías está en la base del

imaginario del nuevo periodismo y también en la base de la fascinación mediática de los intelectuales).

Entonces, reorganización de la cultura por la dimensión audiovisual (como se dijo en los últimos años) y sobre todo reorganización del mundo de las ideas por la hegemonía de las industrias de la información. Un rasgo no secundario de estos procesos finiseculares es que la credibilidad del discurso intelectual puro y duro está en baja, como está en baja la credibilidad del discurso político. Hoy los políticos quieren hablar como hombres y mujeres de la calle. Los intelectuales, cuando pueden, hablan como comunicadores. Ambos, intelectuales y políticos, figuras de la modernidad, de todos modos son menos creíbles que los medios y sus estrellas.

No es necesario pensar demasiado para agregar otro dato a este escenario: el derrocamiento definitivo por el momento, de cualquier idea o ilusión vanguardista, tanto en el campo político como en el intelectual. Sobre estos, los discursos posmodernos y antintelectuales han sido tan activos como los discursos intelectuales populistas. Y han pesado tanto como el autoritarismo del que se acusa a las vanguardias políticas en los últimos años, especialmente por la incompatibilidad de formas vanguardistas en un contexto democrático, y la igualación, un poco demasiado sencilla, de vanguardia y jacobinismo.

La consecuencia, seguramente no deseada pero igualmente inevitable, es un compacto de discursos que tienen pocos rasgos fuertemente diferenciales. Alguien podría pensar que sólo en sus márgenes extremos el discurso político se vuelve fuertemente significativo. Sería verdaderamente consolador que así lo fuera. En realidad, en esos bordes el discurso no innova respecto del pasado, con el agravante de que la situación ha cambiado tanto que ya nada puede entenderse en esos términos.

Quizás la única cuestión verdaderamente innovadora de las últimas décadas haya sido, en el plano nacional, la centralidad de los derechos humanos; y, en el plano internacional, el establecimiento de la extraterritorialidad para los delitos en contra de esos derechos. Si tuviera que designar lo verdaderamente nuevo del fin de siglo, aquello que con alguna probabilidad será importante en el paisaje futuro, éste sería el tema. No son los partidos políticos quienes crearon la cuestión, pero es indudable que el poder político y los gobiernos todavía siguen siendo los instrumentos fundamentales para un cambio

que primero fue ideológico-cultural y sólo después se impuso a la política.

Lo que se llama, en política, la competencia por el centro, también es un rasgo cultural contemporáneo. Sin embargo, en ese centro hay temas que impactan profundamente las ideologías y los imaginarios (a veces como cuerpos de ideas, a veces como certidumbres vividas y formas de los deseos). El antiautoritarismo no es una inflexión solamente política. Diría que es, muy centralmente, una actitud cultural que ha marcado las culturas juveniles.

De examinarse todas las consecuencias de este rasgo, sin prejuicios optimistas, podría decirse que el antiautoritarismo es una forma de liberalismo negativo del fin de siglo: un liberalismo que promueve el despliegue de los derechos individuales, sin proponer una trama de derechos que deben ser producidos de manera positiva y colectivamente. La llamada cultura juvenil es antiautoritaria básicamente en este sentido restringido: puede promover los experimentos más interesantes en el plano de la moral y la ética, y también el indiferentismo y el *qualunquismo*.

Hay un liberalismo antiautoritario propio de sociedades atomizadas, fraccionadas en tribus culturales, tan tolerantes de la diferencia como despreocupadas de las diferencias sociales y económicas que todavía siguen los clivajes de la injusticia y la inequidad. "No hay drama" es una expresión tanto de un ánimo tolerante como de la precavida distancia de todo conflicto colectivo que toman actores perfectamente dispuestos, en cambio, a las competencias individuales. El liberalismo económico atomizador de todo sentido de pertenencia social se encuentra con el discurso liberal o las sensibilidades liberales.

La política, en este marco cultural, puede disolverse (como se disuelve en el imaginario multiculturalista anglosajón) en el cultivo de las diferencias infinitamente multiplicables, donde se pierde todo anclaje simbólico de cualquier sujeto colectivo, salvo el que pueda construirse sobre la base de particularidades. (Lo hemos visto reiteradamente en estos años cuando fracciones mínimas dentro del espacio urbano hacen reclamos intolerables para lo que institucionalmente podría considerarse bien común más amplio, que esas fracciones dicen respetar pero que colocan invariablemente detrás de lo que consideran sus propios derechos).

En este clima crecen las promesas de la posmodernidad mediática. Sin duda, viviremos en un mundo de pantallas don-

de, dentro de algunos años, probablemente ya no tenga sentido diferenciar medios de comunicación porque todos compartirán el espacio virtual. El hecho cultural de la última década es la circulación virtual de los impresos, especialmente la accesibilidad de los grandes diarios y revistas, y el crecimiento fulminante de las bibliotecas electrónicas. Naturalmente, hay que hablar de Internet.

El mayor malentendido respecto de la red (un malentendido que suscriben quienes no navegan y sobre el que no se pronuncian los propagandistas) es que lo verdaderamente necesario para navegar en ella es una capacidad muy alta de lectura y habilidades conceptuales y sustanciales para la búsqueda. Salvo que se trate simplemente de usar decenas de minutos para bajar el último corte de una banda de rock o la última foto de una star, encontrar algo en la red es algo bastante complicado. Más que una subordinación de la capacidad de lectura a otras capacidades, por el momento, la red es una masa inmensa de texto cuyas jerarquías sintácticas y semánticas son invisibles y difíciles de hipotetizar. Extraer algo de la red es muchísimo más complicado que extraerlo de cualquier otro sistema de referencias conocido, precisamente porque el "árbol" sintáctico del sistema no tiene ningún mapa previo a la exploración: la exploración traza el mapa y establece el sistema sintáctico. Pasar por alto algunas conexiones, por ignorancia o distracción, puede frustrar cualquier búsqueda que supere los límites de algunas páginas en particular.

El segundo rasgo de la red tiene que ver con la virtualidad de su "árbol" sintáctico. Se presupone que ese árbol invisible, sólo producido en su mismo recorrido, no tiene jerarquías sintácticas que se correspondan con las jerarquías culturales: el artículo pésimo de un profesor desconocido está allí tan accesible como la última traducción de un clásico o las sorprendentes conferencias de un filósofo transcritas por sus alumnos. Nadie certifica nada. Por eso se dice que la red es democrática. Pero cada uno entra en ella con lo que tiene y saca de ella en proporción con lo que sabe.

En este sentido, más que la imagen de la democracia igualitarista, la red pone en escena el drama de los intercambios simbólicos en un espacio donde los que interviene no son iguales. La ficción de la igualdad es tan necesaria a la ideología de la red como a la del mercado, y funciona de manera tan desigual como funcionan los intercambios mercantiles. El resto es,

sin duda, fascinante: diálogo en los *chat-rooms*, infinitas listas de correo y grupos de afinidad, juegos en tiempos real con adversarios desconocidos, más información que la que nadie puede leer en el tiempo que le dedica a leer información; y una presión al consumo simbólico, no sólo en los cientos de banderas que nos conducen hacia el mercado bien real que funciona como un dios omnipresente en cada uno de los puntos de ese espacio que no parece no tener límites.

Pero después de admirarnos, como buenos provincianos del futuro, aldeanos deslumbrados, si examinamos el tópico optimista sobre la democracia de la red, podríamos ver que no hay razón para suscribir ese optimismo ni para refutarlo. Por lo menos no hay razón *dentro* de Internet. Todas las razones están fuera de ella, en los sistemas que se elijan o se impongan para acceder a las destrezas que la red reclama como indispensables. Se trata de *leer* y no, como podría aparecer ante una fantasía adolescente, de deslizarse de imagen a imagen. La red no es un video-clip y si se la mira como un video-clip se encontrará en ella tanto como si se mirara un video-clip pensando que es un filme de Tarkovski ⁽⁵⁾.

Al imaginario cultural le encantan las ensoñaciones técnicas (este es un rasgo de todo el siglo XX que parece prolongarse hacia el próximo, incluso cuando la técnica es considerada peligrosa o amenazadora como en muchas de las variantes más románticas del ecologismo). Por eso la red ha impactado tan profundamente en todas partes, incluso en un país como éste donde menos del uno por ciento de sus habitantes tiene acceso a Internet (y ese uno por ciento concentra a profesionales y capas medias altas). Es la potencia de lo que Internet produce como temas culturales lo que impacta a casi todo el mundo. ¿Cómo ocuparse de que las bibliotecas públicas tengan libros (se preguntan en ligares intensamente dedicados a ellas, como Inglaterra) si la red volverá todo, de un día para otro, innecesario? No quisiera repetir que el libro es un invento perfecto y que, como otros inventos, es poco probable que sea desalojado (a nadie se le ocurrió dejar de hacer autos después de viajar algunas veces en avión, ni destruir la radio cuando llegó la tv). De todos modos, aunque en el futuro no hubiera un solo libro seguiría siendo indispensable leer de manera cada vez más rápida y diestra.

La red no representa el ocaso de la cultura del libro, o, por lo menos, aunque el libro desaparezca, todavía ella no anun-

“

¿Podrá la cultura del nuevo siglo crear tan eficazmente como lo hizo la primera mitad del siglo XX sus imágenes de sociedad futura?

”

cia el remplazo de la cultura de lo escrito. Quizás en contradicción con los imaginarios culturales futuristas, la cultura de la letra sea un campo de conflictos decisivos y de capacidades todavía no agotadas para la redistribución de lugares sociales. Aunque la sensibilidad fin de siglo se distinga por su concentración en los acontecimientos más publicitados de la virtualidad, los límites culturales todavía están relacionados con la hegemonía de instituciones y el reparto de bienes simbólicos sobre bases materiales. La ampliación de la democracia por un camino simbólico presupone grandes iniciativas institucionales. Todavía son los gobiernos quienes tienen una capacidad decisiva o una ausencia tan injusta como culpable.

Una cosa es la sensibilidad epocal que goza o se aterroriza con los grandes relatos de una tecnología cada vez más desmaterializada, y otra es la realidad de sociedades donde, en el curso de las últimas décadas (como ha sucedido en la Argentina) los hijos van a poseer menos conocimientos que los padres ⁽⁶⁾, contradiciendo lo que fue el impulso democratizador de la primera mitad de este siglo. Sin duda, parece agradable la ensoñación futurista donde es necesario saber muy poco para saberlo todo, donde todos somos menos que niños y nos admiramos como nuestros abuelos frente al relato de una tecnología que seduce porque asegura transmitirnos, en la intimidad frente al resplandor de una pantalla, el futuro. Esto, como todo sueño social, habla de realidades y deseos.

Justamente la tensión entre límite material y deseo es lo que puede impulsar un horizonte de transformaciones que ya no podemos pensar como la respuesta futura, completa y definida, a las contradicciones presentes, sino como un principio móvil

cuya materia es el conflicto. Un horizonte móvil de transformaciones se diferencia de una utopía compacta cuya ineffectualidad dispara, como reacción, el tono quejumbroso del mesianismo o el lamento por lo que no fue. No habrá futuro sin la refutación de una realidad que los discursos del capitalismo concentrado postulan como único. Si aceptamos este curso mecánico e ineludible, comenzamos a vivir nuestro presente como un tiempo de des-cuento. Frente a esta alternativa, no es sorprendente que, al lado de los imaginarios utópicos de la virtualidad, aparezcan las realidades fracturadas y deshechas de la sociedad donde vivimos. Y pasamos de uno a otro escenario, de Internet a las ciudades destrozadas por la inseguridad y las comunidades hundidas como remanentes de una prehistoria industrial.

Una capacidad imaginativa que no quede presa de esta alternativa implica que cultura y política puedan moverse en la anticipación del futuro, sin recurrir a narrativas cerradas, más propias de la literatura de anticipación que del modo como las sociedades encaran los cambios, incluso aquellos que parecen completamente impuestos por esas dos manos de bronce, la del mercado y la de la tecnología. Lejos de la nostalgia por un pasado que, en este fin de siglo, sabemos que se clausuró hace más de una década, y críticos también del oportunismo que busca en el presente la seguridad de que todo va para mejor. ¿Podrá la cultura del nuevo siglo crear tan eficazmente como lo hizo la primera mitad del siglo XX sus imágenes de sociedad futura? ¿Y si la respuesta es afirmativa, podrá librar a esas imágenes del determinismo, el vanguardismo y el hegemonismo que las volvió odiosas para millones? ■

Artículo tomado de la revista *Casa de las Américas*, N° 218. Año 2000. La Habana, Cuba

NOTAS

- 1 Cf. Peter Burke: *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid, 1991. Michel de Certeau: "La belleza del muerto". *La cultura en plural*. Buenos Aires, 1999.
- 2 Karl Kraus: *Contra los periodistas y otros contras*. Madrid, 1981, p. 50.
- 3 Sex Pistols: "Anarchy in the UK".
- 4 Cf. Jürgen Habermas: *The Structural Transformation of the Public Sphere*. Cambridge, 1989, especialmente "Publicity as the Bridging Principle between Politics and Morality (Kant)", pp. 102 y ss.
- 5 Sobre Internet, con la hipótesis de que es un espacio usado con provecho, en primer lugar, por los académicos, cf. Daniel Link...: "Radar Libros", *Página 12*.
- 6 Cf. Guillermo Jaime Echeverry: "En la cornisa", *La Nación*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1999.

